

Instituto Emmanuel Mounier, colección persona n° 66. Madrid
2019, 152 pp. Traducción al español de Antonio Calvo Orcal.
ISBN: 978-84-15809-58-6.

El libro tiene tres partes y una conclusión. El título es realmente prometedor, pero cuando uno se adentra en su interior observa que es demasiado ambicioso y las expectativas que siembra no satisfacen del todo al lector inconforme, aunque en cierto modo es también muy luminoso y sugerente.

Leyendo la primera parte del libro, la impresión que el lector tiene es que ni se ve clara la fuente de la persona ni los fundamentos. Más bien es un magnífico paisaje de la esencia humana, no así de la persona. Citando el autor a Mounier: “la persona es primeramente instinto y debemos tener en cuenta este ser fundamental; después es razón, por eso defiende la inteligencia; y es, por fin, amor, o, como dice con frecuencia, gracia, es decir, acogida, don, generosidad” (p. 20). A mi modo de ver se confunde esencia y persona en muchas partes del libro. Aquí en esta cita, por ejemplo, se confunden claramente. La persona no es instinto, y menos, primeramente; *después* tampoco se puede decir que la persona es inteligencia o razón... Sí es salvable lo último, a saber, que el amor, la acogida y el don pertenecen al nivel superior del ser personal y no de su esencia.

En esta misma parte primera habla del juego como fuente de la persona y la entrelaza con la libertad. Pero la descripción que hace del juego es bastante periférica y con saltos trascendentales hacia lo santo. Habla del papel del juego, pero lo introduce como fuente y fundamento. Por otra parte, no es lo mismo fuente que fundamento. Fuente es origen y fundamento es causa. El origen es Dios y la causa de la persona no puede ser el juego. Lo cierto es que el papel del juego en el hombre es esencial. Porque el hombre es *homo ludens*, pero ahí no nos va la persona, es algo más bien manifestativo de ella.

También en esta primera parte habla de algunas notas de la esencia humana como el ámbito de lo político y lo social, el arte como puente a la trascendencia, etc. E incluso habla de las tres dimensiones personales: lo político, lo histórico y lo espiritual. Mezclando de nuevo, a mi juicio,

lo esencial y lo personal, olvidando quizá el hallazgo tomista de la distinción radical entre esencia y acto de ser en la persona humana, no así en la divina.

La segunda parte nos habla de los precursores del personalismo. Y en esta parte habla de tres precursores del personalismo no creyentes: Rousseau, Marx y Kant. De los dos primeros no comento nada. Ahora bien, es cierto y sabido que Kant es precursor del personalismo, pero decir que no es creyente es injusto. Kant fue una persona profundamente creyente. Luterano, pietista. No se entiende cómo ha puesto el autor a Kant en este mismo bloque junto a Rousseau y a Marx. En el capítulo II de esta segunda parte el autor habla de los personalistas cristianos: Laberthonnière, Nédoncelle, Landsberg y Mounier. De estos cuatro autores, todos son franceses excepto Landsberg, que fue un alemán muy avenido a Francia (p. 75). Se echa en falta quizá los personalismos alemanes, que a mi modo de ver son más rigurosos: Dietrich von Hildebrand, Alexander Pfänder, Max Scheler, Edith Stein, entre otros.

La tercera parte, Jean Lacroix realiza un panorama del personalismo actual. Teniendo en cuenta que el autor muere en el año 1986, es lógico que al lector no le resulte de tremenda actualidad.

Las conclusiones finales son muy sugerentes: ir de la persona al personalismo, comprender la naturaleza de la persona, conocer y conocerse, la unidad de la persona humana y la divina, seres personales que viven cada vez más en comunidad.

ALBERTO SÁNCHEZ LEÓN